

CARTAS SOBRE LA MESA

TOLERANCIA E IDENTIDAD CULTURAL

Sr. Director:

Al leer “Contra la superstición” de Antonio Alatorre (*Letras Libres*, 31) percibí entre líneas –y en varias ocasiones de forma explícita– una posición intolerante. En efecto, las supersticiones pueden resultar ilógicas en el sentido estricto de la palabra, pero forman parte de las tradiciones culturales y sólo pueden ser entendidas y explicadas bajo la lupa del contexto en el que se presentan. Más aún, son estas supersticiones y las prácticas que conllevan uno de los tantos ladrillos que constituyen la identidad cultural. El Sr. Alatorre claramente estructura su pensamiento al estilo del liberalismo occidental. Sin embargo, y pese a las virtudes de dicha tendencia, ésta sólo representa uno de tantos sistemas ideológicos –si bien el más extendido–, que no ha probado ser la panacea ideológica y que carece de autoridad moral para ejecutar sentencias ante la riqueza de la diversidad cultural. Al igual que el autor, me confieso una ferviente atea. Sin embargo, considero necesario el conocimiento y entendimiento de otras prácticas sociales diferentes a las propias –como las supersticiones– para la formación de un criterio más amplio y rico que nos permita actuar con mayor tolerancia, virtud de la que, a juzgar por los adjetivos categóricos, el autor carece. Procuremos ser más tolerantes y cuestionar las virtudes liberales apreciando la riqueza social. –

– GABRIELA MENDOZA-CORREA

RESPUESTA DE ANTONIO ALATORRE

Señor director:

Creo que mi apreciable co-religionaria

(o co-atea) no me entendió bien. Lo que hice en mi artículo fue exponer mi postura. En ningún lugar digo que sea ésta la única buena, y que los demás viven en el error. Ateísmo, para mí, equivale a libertad intelectual. Estoy convencido de que, al guiarse tan sólo por la razón, el ateo está especialmente capacitado para poner en su lugar los fenómenos irracionales, o sea para comprenderlos (y la comprensión es mucho más que la simple tolerancia).

Muchos de esos fenómenos son, por supuesto, “ladrillos que constituyen una identidad cultural”. El ejemplo por excelencia es la religión. El que Luciano fuera incrédulo no destruye el hecho de que la prodigiosa cultura de los griegos estuvo trabada con el culto a muchos dioses (que, por lo visto, les funcionaron mejor que uno solo); y, diga lo que diga el ex-abad Schulemburg, la fe en la Virgen de Guadalupe constituye, como muchos han visto, el gran denominador común de los mexicanos, el “ladrillo” número uno de su “identidad cultural”. Siento, como digo en mi artículo, que la imaginación es “uno de los instintos elementales de la raza humana”; pero cualquiera ve que los productos de la imaginación van siendo eliminados todo el tiempo por su rival, *la razón*. Hay quienes aseguran que la poesía y la música, cosas eminentemente irracionales, están destinadas a desaparecer, lo mismo que desaparecieron las divinidades helénicas (que no eran sino poesía). A mí eso me parece inconcebible –no sé qué sería de mí sin poesía y sin música–, pero a lo mejor dentro de algunos milenios la gente sonreirá al saber que hubo un tiempo en que tales supersti-

ciones existían. En todo caso, la historia de la cultura es una serie de eliminaciones de lo irracional y supersticioso por obra de la razón. Campeones de la razón son los “héroes culturales” que, a título de ejemplo, menciono al final. En la lista está Lutero, que combatió victoriosamente la superstición de las indulgencias, y está también sor Juana, enérgica demolidora de un “ladrillo” básico para la estructura social y cultural de sus tiempos, a saber: el mito o superstición de la inferioridad intelectual de las mujeres. (Sor Juana, por cierto, termina uno de sus sonetos más personales con esta insólita profesión de racionalismo: “[Yo no quiero anteojos verdes] y solamente lo que toco veo”.) –

– ANTONIO ALATORRE

ACLARACIÓN

En el número anterior de *Letras Libres* dimos a entender que Alma Guillermoprieto había escrito para *The New Yorker* sus formidables reportajes sobre Colombia. En efecto, ella escribe para la revista *The New Yorker* sobre América Latina, pero también para *The New York Review of Books*. Fue para esta última publicación que escribí una serie de tres ensayos sobre Colombia, fruto de una relación intensa con ese país, que incluye cuatro años de residencia en Bogotá y un sinfín de viajes de investigación. El ensayo que publicamos en nuestra edición de agosto forma parte del libro *Las guerras en Colombia*, de editorial Aguilar, que ya se encuentra a la venta en México. –

Atentamente,

– LA REDACCIÓN

♦ *Cartas sobre la mesa* es una sección del lector, hágala suya con sus comentarios y sugerencias. Envíe sus cartas, con una extensión no mayor de una cuartilla, vía fax (658 00 74), por correo electrónico (cartas@letraslibres.com) o por correo (Presidente Carranza 210, Col. Coyoacán, 04000, México, D.F.).